

Polémica o enemigo común

El tema, los militares y la salud*, podría ser entendido de diversas maneras. Los militares aún gozan de buena salud, la salud es un valor militar, es saludable no tener problemas con los militares.

Sigmund Freud se ocupó del tema del ejército para exponer la “psicología de los grupos”. Estudió la sustitución del objeto de amor de cada uno y la constitución de un ideal común. Habló también de la iglesia.

Fernando Savater, por su parte, se ocupa del tema militar en su libro *Contra las patrias* (Tusquets editores, 1984) donde recopila artículos aparecidos en diversos medios y referidos a la violencia.

Viví en Barcelona por aquel tiempo y puedo decir que Fernando Savater se ocupaba de estos temas en un contexto que exigía un coraje algo más que intelectual, en tanto el terrorismo amedrentaba la crítica.

En la página 82 de dicho libro leo: “Aunque, sin querer hacer

* Durante la semana del autor español, el 26-11-91, se realizó una mesa redonda en el Instituto de Cooperación Iberoamericano bajo el título “Los militares y la salud”, en la cual participaron Germán García, Christian Ferrer, Rolando Graña y como invitado especial, Fernando Savater.

psicoanálisis social de andar por casa, pudiera asegurarse que la inseguridad creciente provenía fundamentalmente de la pérdida de esa figura paterna odiada/temida/amada bajo cuya sombra amenazante y protectora habíamos vivido durante demasiado tiempo”.

La sombra de Franco, al fin, tuvo lo suyo: “La España de los últimos estertores del franquismo –sobre todo en Madrid y Barcelona– combinaba las ventajas tibiamente audaces de los espléndidos sesenta con una calma artificial de la vida cotidiana, algo así como una extraña congelación de ciertos conflictos urbanos que ya se planteaban en los países vecinos” (pág. 80).

Y luego: “Tras la muerte de Franco, el panorama cambió radicalmente, España se convirtió bruscamente en un país moderno: con drogadictos y terroristas, con homosexuales y sindicatos, con partidos políticos y disidentes de dichos partidos, con pacifistas y feministas, con ateos y partidarios del divorcio o el aborto, con parados –muchos, demasiados parados– y también con un alto índice de delincuencia.” (pág. 81)

La enumeración es, por supuesto, irónica. Savater no cree que sea la “modernidad” la que causó eso, más bien piensa que el franquismo era la *sombra* en que podía ocultarse lo que la democracia hizo aparecer a la luz del día: “Cuando hoy se cargan los crímenes terroristas en la cuenta negativa de la democracia, suele olvidarse que ETA nació durante la dictadura y a causa de la dictadura, que sus acciones más audaces [...] tuvieron lugar cuando Franco aún ocupaba el poder y que, entonces, gozaban de un grado de apoyo popular...” (pág. 82)

¿Cuál es la enfermedad, ya que hablamos de salud?: “Deploro el nacionalismo como una de las peores enfermedades políticas de nuestro siglo, sin cuya curación o alivio es difícil imaginar cualquier profundización del proceso democrático” (pág. 62).

El nacionalismo es una “enfermedad” de la *identidad* y así lo entiende Savater cuando dice: “Mientras la lucha por la identi-

dad propia del creador cultural consista en reivindicar ¡dejadme ser quien soy!, nada se le puede objetar; el peligro comienza cuando determinados comisarios nacionales establecen cómo se debe ser, qué es realmente lo *nuestro*” (pág. 65).

Sin más, podemos decir que Sigmund Freud sustituyó la identidad por la identificación. En este punto la cuestión se complica.

Savater parece dirigirse por los valores de la Ilustración, también encuentra allí una contradicción. Leo: “La Ilustración propuso la formación del hombre como individuo civilizado y tolerante en el sentido menos cualificado localmente, resistiendo en todas partes el absolutismo y a la superstición, aliado en todas partes de la racionalidad” (pág. 68).

Sin embargo, en la misma página Savater advierte: “En el *Emilio*, encontramos fórmulas tan escandalosas para una mentalidad ilustrada... (del Siglo XVIII o del nuestro) como ésta: es la educación la que debe dar a las almas la forma nacional, y dirigir hasta tal punto sus opiniones y sus gustos que sean patriotas por inclinación, por pasión, por necesidad. Un niño, al abrir por primera vez los ojos, debe ver su patria y hasta la muerte no debe ver otra cosa que ella”.

Esta contradicción persiste. En la actualidad la oscilación entre la identidad particular y los “valores universales” se disputan el lugar de la causa del racismo y el terrorismo.

Cuando parece que el “nacionalismo” se opone a la racionalidad, alguna racionalidad de viejo cuño produce la masacre irracional de algún grupo. Se universaliza la economía y se particulariza la distribución, etcétera.

Cuando Jacques Lacan titula “La dialéctica del deseo o la razón después de Freud”, apuesta por la racionalidad. Pero ¿qué era la razón antes de Freud, qué es dialéctica del deseo y en qué cambió la razón después de Freud?

“El panorama no puede ser más fiero –escribe Savater. Pare-

ce que nuestro lenguaje y nuestra civilización toda deben llevar grabado como lema en su frontis la misteriosa consigna de Heráclito: La guerra (*pólemos*) es padre/madre de todas las cosas” (pág. 111).

Y unas páginas después Savater subraya la lógica del sacrificio, lógica que deja sin respuesta a la “razón antes de Freud”. Y cuando digo subraya es literal, puesto que el párrafo siguiente aparece en bastardilla. Leo: “El *único nihilismo que nos amenaza hoy es la entrega al fatalismo maniqueo, la confusión de las libertades con el derecho del más fuerte, la sumisión en nombre de la preservación de lo más alto a la ordalía ciega de los ejércitos*” (pág. 113).

¿No aparecen estos ejércitos realizando una *ordalía*, una prueba, un designio, que implica la culpa, el sacrificio?

En la página 114 Savater se entrega a cierto análisis de la frase de Heráclito, mediante cita de Heidegger, para sustituir *guerra* por *conflicto* y así: “...abolir su estadio armado, para resolver su enfrentamiento en logos, en razón, ley, palabra”.

La supresión del *enemigo común* conduciría –dejamos la ambigüedad– a la sociedad desmilitarizada: “En la medida en que impone la militarización de pensamiento y sentimientos sociales, crecerá la conflictividad legal entre las diferentes sensibilidades y proyectos; cuando el Estado deje de desfilarse en la empresa agresivo/ defensiva que desde su origen le ha ocupado exclusivamente (lo cual supondrá el cambio más radical de su naturaleza), proliferará en polémicas entre intereses opuestos de todo tipo. Si la educación progresiva tiene hoy una tarea, no es la de formar pequeños budistas, sino la de preparar ciudadanos capaces de oponerse a la inevitabilidad del militarismo y a la vez afrontar con imaginación y generosidad la conflictividad legal de la sociedad desarmada” (pág. 116).

¿La “educación” puede revertir el sacrificio, disolver el peso de la ordalía?

Tengo que decir que los artículos de este libro, escritos entre

1980 y 1984, están marcados por las circunstancias y pretenden ser, según las palabras del autor, *comprometidos*: “Aquí me comprometo en el doble sentido de la palabra, es decir, tomo partido y me pongo en un brete”.

Forman un libro en tanto estudian, desde diversos ángulos, las llamadas “identidades colectivas” y señalan de manera recurrente la conexión entre la patria y la creación del enemigo común, lo que implica hacer de la actividad militar la clave de la organización: “Las sociedades humanas edifican su unidad y su independencia en torno a los ejércitos, incluso antes de la aparición del Estado. El antropólogo Pierre Clastres ha estudiado el papel de la permanente guerra de algunos pueblos guaraníes preestatales como un sistema de mantener su cohesión y su diferencia tribal frente a la tentación de una jefatura amalgamadora que disminuyera la libertad igualitaria de su perfil social [...] Muchos de los Estados históricos fueron consecuencias de su ejército y no al revés” (pág. 40).

Podría continuar, pero me parece que lo expuesto basta para despertar en ustedes el interés por el tema del libro y por la particular manera de tratarlo que caracteriza a nuestro invitado.